

ras, echa por allá un brazo, por acá una pierna, se agranda en un estirado desperezo y dilata sus pulmones con un resuello profundo, así ella derriba sus murallas, se agranda más y más buscando aire, luz y alegría; endereza sus calles, antes muy retorcidas; ensancha sus vías, antes muy estrechas, y cuaja de plazas y parques, verdaderos ventiladores urbanos, los sitios un día abrumados por la acumulación. La vida ya no tiene las grandes, exclusivas y absolutas absorciones de entonces; allá está el templo, sí; pero junto á la flecha ojival, rematada en cruz, de la iglesia católica, se alzan las cúpulas bulbiformes de la sinagoga y de la iglesia griega..., representando, no ya la pesadilla de la vida, no ya la vida entera, sino un refugio para los pecadores y un norte para el sentimiento; es decir, un lugar donde encuentra su bienestar y satisfacción sólo uno de los múltiples afanes del espíritu, junto á otros templos, ya no menos grandiosos que él, donde tienen su cultivo otros muchos y poderosos motivos de la vida terrena, como lo son los museos, palacios riquísimos donde la religión del Arte, tocando con su frente

en los cielos del paganismo griego, brinda á espléndidos festines para saborear sin trabas la belleza; las Bibliotecas y Universidades, donde la religión de la enseñanza convida al goce ilimitado de los frutos del pensamiento humano, para saborear sin frenos la verdad; los institutos y laboratorios con sus museos científicos, donde el más sacrosanto, el más inquebrantable de los deberes humanos, el deber de la investigación y del progreso, logra allí su cumplimiento; los hospitales y los hospicios, palacios también grandiosos, soberbios, donde ese divino destello del Cristianismo, la caridad y el amor al pobre, hallan su más hermosa y bienhechora aparición; los jardines botánicos y zoológicos, centros de instrucción y recreo, donde el hombre contempla los demas seres que disfrutan con él la vida de la Naturaleza; los teatros y la grande ópera, donde los sentimientos de la criatura gozan de sus más delicados encantos, y la Música verifica sus más arrebatadoras concepciones; las fábricas con sus erguidas chimeneas, siempre coronadas de humo y fuego, donde la Industria elabora sus asombrosos productos; las mo-

numerales estaciones de ferrocarril y los magníficos cuarteles, centros donde la fuerza bruta regula sus aplicaciones, no ya preocupada con destruir ni con acometer aquellas odiosas conquistas que paseaban triunfantes las razas desde un extremo á otro de los Continentes, en medio de la muerte y la ruina, sino con producir, con crear y mantener vivo el orden, fuente de las otras bondades...

Y todos estos templos, museos, universidades, institutos, hospitales, hospicios, jardines botánicos y zoológicos, óperas, fábricas, cuarteles, estaciones, etc., alzándose gigantescos sobre las restantes moradas, teniendo alrededor suyo, en hermosas agrupaciones, desde el palacio de los Reyes y las espléndidas mansiones de los opulentos, hasta el modesto tugurio del menestral, son como otros tantos órganos de ese grande organismo llamado la ciudad, que proclama junto á los viejos ideales, convicciones y fuentes de inspiración, otros ideales nuevos, otras nuevas convicciones, otras nuevas fuentes de inspiración, y también nuevos recursos y procedimientos para realizarlos, atestiguan-do que no ya el Arte solo, ni la Religión sola,

sino el Arte y la Religión asociados íntimamente á la Industria y á la Ciencia, pero sobre todo á la Ciencia, constituyen un ministerio director y gobernador de nuestros destinos.

Y á una civilización de este linaje, que tan profundas reformas sostiene, y cuyas construcciones aparecen hechas con sillares amontonados, y animadas con vida suficiente para que las disfruten largas generaciones ulteriores, ¿se la llama fugaz y transitoria, se la llama indefinida! A ella, que ha logrado aproximarse á lo que es perfecto siempre, la armonía general de las tendencias y de las necesidades, ¿se la llama desordenada! ¿Cómo yo, que entro en el templo y rezo, entro en la sinagoga y presencio sus oficios, voy á la biblioteca y curioseo miles de libros, entro en el palacio y veo los tesoros de los Reyes, voy á la Universidad y oigo la libre voz de la sabiduría, entro en las fábricas y las veo pobladas de operarios en pacífica faena, me codeo con ricos y pobres, con judíos y griegos, ni más grande ni más pequeño que cualquiera, y todo esto sólo por la fuerza de mi voluntad y por el uso de mi derecho, cómo

yo he de creer que esta civilización que tengo la dicha de gozar no es una civilización caracterizada y muy superior á todas las que le han precedido?

XXVI

UNA CALLE DE BUDAPESTH

Munich, 4 de Septiembre.

La elegante casa moderna, que no es palacio ni hotel, tiene caracteres muy propios que la diferencian de todas las construcciones que le han precedido, no ya dentro de la vida de los diferentes pueblos, y dentro de las reglas generales de cada orden ó estilo arquitectónico, sino aun dentro de su propio siglo y de su propia fuente de inspiración artística.

Budapesth, en su titánico desarrollo y en la esplendidez con que le acomete, la ha tomado como tipo, y por esto la capital resultará una ciudad grandiosa. Su Radialstras-

se, calle larga y por completo moderna, se ha ceñido estrictamente á este género de construcción, y allí es donde yo he podido estudiarla más tranquilamente y mejor que en París, Viena ó Berlín, porque allí se muestra más pura y menos disfrazada con esas irrisorias vestiduras con que el comercio, ó necesidades de otra índole, adulteran las fachadas.

De ordinario tiene la casa ancho bastante para ocho huecos de balcón cuando menos, diez y doce más á menudo, y elevación para tres ó cuatro pisos.

La planta baja suele expresar la robustez, como si fuera la representante del orden dórico, en la serie de los órdenes clásicos de la Grecia; sus sillares son, los unos de aparente rudeza, por el estilo de los que se ven en los palacios florentinos como el de Pitti, y que caracterizan tanto el estilo toscano; y los otros, labrados están de la manera ordinaria, separándolos puertas grandes, rematadas en arcos de medio punto, con montantes de cristal de una sola pieza, y guarnecidas en su centro con mascarones, tallados, figuras alegóricas...

Estas son las puertas más sencillas; en las otras, las de más pretensión, avanzan preciosos órdenes arquitectónicos, con todos los primores del estilo plateresco, formando un pórtico cuyo fondo suele hermostear todavía alguna hornacina en donde se ven grandes jarrones, estatuas...

Sobre esta planta baja, y á muy buena altura, se levanta el principal, sin entresuelos mezquinos. Generalmente tiene un balcón en el centro, ó dos en los costados, ó uno mayor en el centro y dos menores en los extremos. Cuando es sólo uno el balcón, aparece siempre suntuoso, grande como tres ó cuatro de los nuestros juntos, tratándose de los más pequeños; y por el contrario, puede tener siete, ocho y más metros de largo, por uno y medio de saliente, cuando el balcón ha de ser ya parte muy decorativa de la fachada. Estos balcones se apoyan unas veces sobre el entablamento de los pórticos inferiores, otras sobre monstruosas y soberbias repisas, en forma de hojas, colgantes de flores, musculosos torsos, conchas, cariátides...

Sobre esta base descansa un espeso table-

ro, siempre de piedra, cuando no es de mármol, con bordes ricos en líneas, y encima una balaustrada robusta de elegante torneado. Hay balcones que son grandes obras de arte, y los hay donde el gusto del Renacimiento, que es el predominante, arroja modelos de belleza y elegancia. A los lados de este balcón se ven otros no salientes, ventanas..

Sobre el primer piso se desarrollan, con menos opulencia, el segundo y tercero; y suele coronar la casa, ya un elegante friso, ya una techumbre á la francesa, ya una balaustrada corrida, ya alguna cornisa ó crestería de buen gusto.

Muchas casas quiebran su fachada con cuerpos ligeramente salientes y entrantes, para gozar de movilidad, y evitar, sin duda, la rigidez de un plano liso; entonces las columnatas se multiplican, y la riqueza de líneas y de términos, y la brillantez de los cristales suben de punto, contribuyendo todavía á darles engrandecimiento el concurso de los lisos mármoles, las pinturas y los dorados.

XXVII

UNA ESCUELA MODELO

Munich, 5 de Septiembre.

La Exposición alemana de Higiene de Berlín me había revelado ya algo de lo que vale Budapesth. Esta ciudad, que yo consideraba, y que consideramos muchos en España, como una ciudad interesante para el geógrafo ó para el *touriste*, pero sin nada de particular para el que pretenda curiosear los focos de Europa donde la sabiduría y la cultura laten con más preciosa energía; esta ciudad de tan anómala forma, que una parte de ella, Buda, tendida sobre elevada montaña, parece que, asomada á terrazas y balcones, contempla la otra parte, Pesth, desparramada por el llano; esta ciudad, cuya proximidad á Servia, Rumania, Turquía, parecía razón bastante para alejarla de los puntos donde el sol de Minerva brilla y deslumbra con

sus hermosas irradiaciones, es una de las ciudades más cultas y sabias de nuestro Continente, es tal vez la ciudad que más sorprende en ese abigarrado Imperio llamado austro-húngaro; y es uno de los lugares donde el amante de los grandes progresos, especialmente si es médico, encuentra mil títulos mil de respeto y de asombro.

Lo confieso en castigo de mi punible ignorancia; salí de Madrid con propósito de visitar la capital de Hungría, casi exclusivamente para curiosear esbozos de costumbres orientales en las regiones del Oriente de Europa; llegué á Budapesth, y hallé una ciudad que no tiene nada de oriental, y que, en cambio, por sus progresos, al menos en Medicina, me produjo más asombro que me había producido el mismo Berlín; porque apenas se concibe que una capital de 200.000 habitantes se haya ocupado en levantar tan hermosos institutos, tan excelentes clínicas, tan perfectos hospitales, escuelas tan grandes y bien organizadas, sólo comparables á las de Berlín cuando, por superarlas, no son más que á sí mismas comparables.

Mi visita á muchos de estos puntos me

proporcionó goces inefables, que yo, vicioso en renovar mis placeres, de buena gana cedería á la tentación de referir detalladamente á los benévolos lectores de esta carta: sin embargo, ya que mi egoísmo en recordar no llegue á los extremos que deseara, voy á referir ligeramente, no lo que representan sus institutos y hospitales, donde se enseña á tratar y se tratan las enfermedades nuestras, es decir, de la humana criatura, sino lo que es la Escuela donde se enseña á tratar y se tratan las enfermedades de las especies inferiores, la Escuela de Veterinaria; por lo uno se podrá suponer lo otro.

Para obligarme á la brevedad necesaria me concretaré á mis apuntes de cartera, sin hojear un excelente folleto sobre la organización de la Escuela, con el cual allí se me obsequió.

Consta el establecimiento de siete pabellones aislados —siguiendo el excelente sistema que en toda Alemania se emplea para hospitales é institutos— los cuales han sido dispuestos metódicamente en derredor de un extenso jardín cuadrado destinado á Botánica farmacológica.

En el centro del lado que corresponde á la vía pública hay un pabellón destinado á la Dirección, donde existen, además, cátedra para la enseñanza teórica, museo instrumental para toda clase de operaciones en Veterinaria y un museo anatómico pequeño, con esqueletos, vísceras... Un profesor ayudante de la Dirección, joven amable y de gran solicitud, el Sr. Guillermo Lammer, me acompañó durante toda la visita, y me proporcionó hojas, folletos, datos: es decir, cuanto quise pedirle.

Después de aquel pabellón, comenzamos á visitar la serie de los que en tres líneas se desarrollaban delante de nosotros.

El primero fué el de Fisiología; vimos el subsuelo, donde hay muchos gabinetes y depósitos, algunos con numerosas baterías eléctricas, y gasómetros para contener los gases que se utilizan en el piso superior inmediato; en la planta baja había *aquariums*, aparatos de contención para los animales, mesas, frascos, pilas y diez y ocho microscopios sobre elegante mesa para que los alumnos de Veterinaria hagan sus trabajos al microscopio.

En otras salas vi un material abundante

para Fisiología: gráficos, aparatos registradores, útiles de vivisecciones, etcétera; después de la sala de demostraciones, una cátedra con gran lujo de detalles consagrados á este objeto exclusivo, ó sea al de poder demostrar bien la doctrina y lograr que se vea bien la demostración, fines éstos mucho más descuidados de lo que parece entre nosotros. Desde allí pasamos á otra salita destinada á cámara oscura, con máquinas y laboratorio de fotografía para usos variados, y aparatos de otras clases y aplicaciones.

La cátedra anfiteatro ó *auditorium*, á la que fuimos en seguida, merece una detenida visita: sirve para que se coloquen noventa y ocho alumnos, cómodamente sentados, con pupitre para apuntes, y respaldo (esto es de obligación en Alemania siempre: en España aún no lo he visto); las grandes ventanas que dan luz son laterales, y pueden, con un bonito recurso, dejar pronto á oscuras la cátedra para las operaciones al megáscopo; la espaciosa mesa del profesor se fragmenta, y de su centro se desprende una gran porción que avanza y retrocede sobre carriles, para aproximarla ó alejarla á la vista de

los discípulos, según convenga; la superficie total de la mesa está atravesada con más de veinte tubos de bronce, provistos de llaves, los cuales se comunican con los diferentes depósitos que hay en el subsuelo, y son de gases, oxígeno, hidrógeno, ácido carbónico..., de aire comprimido, de agua y conductores eléctricos; hay también en aquella bendita mesa, arcas-depósitos pequeños para líquidos, y... ¡qué sé yo cuánta cosa más, toda útil! La cátedra tiene, además, contiguos al puesto del profesor, teléfonos, y en los puntos convenientes veinte lámparas que iluminan las clases de noche.

Desde aquí pasamos á otro museo pequeño para uso más inmediato de los alumnos, donde había cuadros de pinturas debidos al pincel del director, por cierto muy *bien tratados* como dibujo y como mancha, representando especies y variedades de animales, esqueletos... En un armario se guardan colecciones de lanas y de alimentos, paja, granos; en otros hay pequeños modelos de establos, cuadras..., es decir, habitaciones de los caballos; en otros, mandíbulas dentadas de los mismos, para el estudio de la edad. Después

salimos al jardín; ¡habíamos visto una de las siete partes de la Escuela; uno de los siete pabellones! ¡el pabellón de Fisiología!

El segundo pabellón es el de Química, del cual, por abreviar, diré solamente que tenía asimismo profusión de salas y laboratorios, en donde se trabajaba entonces; este pabellón extiende sus beneficios á la inspección municipal en aquellas materias relacionadas con la Higiene pública y la Veterinaria, que son muchísimas: ¡como en Madrid!

El pabellón siguiente es el destinado á clínica: ¡vaya un hospital de animales! En el centro está la farmacia, y cerca de ella la *sala de diagnóstico*, que es un grande recibimiento, donde hay una balanza, además de otros aparatos destinados á ilustrarse acerca de las enfermedades del animal; las pesadas se usan mucho, especialmente para saber cuánto pierden ó ganan con tal tratamiento los caballos; á uno y otro lado de este centro están las clínicas médicas y quirúrgicas, separadas; y hay, además, cuadras para especialidades, como son las enfermedades de la piel, con una ducha para baños y frotaciones; otras para enfermedades zimóticas, y

¡lo que es más inesperado aún! para caballos locos. La cuadra destinada á esta última enfermedad tiene singulares recursos: la parte baja de sus paredes está reforzada por un fuerte plano de madera, que avanza desviándose del muro y que aleja así el cuerpo del caballo de la pared, para que, aun cuando quiera, no se pueda golpear la cabeza; las ventanas permiten el cerrarlas de pronto, y las puertas están reforzadas; con decir que hay una cuadra especial para los caballos enfermos del aparato respiratorio, en la que las paredes son de azulejo para recibir el producto de sus estornudos y poder limpiarse bien, y una cuadra para caballos convalecientes, creo haber dicho bastante para que se juzgue la previsión que hay en estas enfermerías.

Al pie de cada plaza hay siempre una hoja clínica, donde se lleva con una prolijidad escrupulosa la observación diaria de cada bestia enferma. En estas hojas constan, además de la calidad del animal y el nombre del propietario, la edad, peso, su enfermedad, las oscilaciones del pulso, aliento, prescripción, y hasta su temperatura.

Un caballo particular paga dos francos al día por ser tratado en este hospital.

Abandonamos las clínicas, y después de ver las enfermerías de perros, en donde había muchos, en jaulas separadas, uno de ellos rabioso, ó hidrofóbico, hablando más atildadamente, pasamos al laboratorio de productos botánicos, en donde estaba, separando semillas para colecciones, el catedrático de Farmacología Dr. Crakó Kalman, quien, apenas se enteró de mi presencia, dejó su tarea y me acompañó hasta enseñarme sus laboratorios; á la salida quiso obsequiarme con un folleto donde se explicaba todo lo referente á la Escuela; tenía á la mano muchos en húngaro, pero comprendiendo que en este idioma había de serme más imposible sacar partido alguno que si me lo diera en alemán, revolvió media biblioteca de folletos y papeles hasta tropezar con uno que tenía en este segundo idioma. ¡Dios le premie su atentísima fineza! Excuso decir, por lo demás, que en aquel pabellón había gabinetes, laboratorios y museos para el estudio de las plantas, y en los museos reproducciones ampliadas de granos y semillas.

Salimos de estos laboratorios y pasamos al pabellón de Anatomía patológica, donde nuevamente vi museos, laboratorios, salas con mesas de disección y de autopsias, en cada una de las cuales había dos fuentes, una á cada extremo, terminada la una en regadera y la otra en ducha.

Y, por último, vimos el pabellón de Anatomía normal, en donde tuve la suerte de encontrar al profesor Dr. Ray Bela; también suspendió su tarea para enseñarme muchas curiosidades, entre ellas una colección de preparaciones del oído interno, de bestias de varias especies, y admirablemente ejecutadas. Con este amable profesor conversé largamente, le manifesté mi entusiasmo y asombro ante un Colegio tan admirable, y le dije que yo, humilde doctor en Medicina, saludaba en él, y en sus compañeros, profesores de Veterinaria, á verdaderos sabios, cuyos trabajos y progresos me inspiraban la más sincera envidia y respeto.

Quiero decirlo, porque nada me satisface tanto como rendir tributo al saber: cuando hablaba con estos profesores de Veterinaria, me sentía tan lleno de su grandeza como en

Berlín cuando visitaba el Instituto fisiológico de Dubois-Reymond, el Instituto físico del gran Helmholtz ó el Instituto anatómico del eminente Virchow.

Y ahora sólo me ocurre una duda. En España se ha concluído hace un año, ó poco más, una Escuela de Veterinaria. ¿Compite con ésta? De mi parte sólo me atrevo a sostener una verdad: con esta Escuela para veterinarios del casi desconocido Budapesth, ni siquiera compite la tan famosa de Belfort, en Francia, cuanto menos nuestro famoso Colegio de San Carlos.

XXVIII

LA ISLA DE SANTA MARGARITA

Munich, 5 de Septiembre.

Hay una interesante, cómoda y breve expedición junto á Budapesth, la de la isla de Santa Margarita, delicioso brote de tierra que se alza, en forma de pez, en medio del

Danubio. Cada media hora parte de varias estaciones, ya de Buda, ya de Pesth, un vaporcito de travesía como los del Sena, y conduce los pasajeros de unos á otros puntos de las riberas del río en la ciudad; la mayoría van á la isla.

Esta isla tiene un interés singular para el médico: encierra uno de los establecimientos hidro-minerales más afamados de la Hungría. Su historia se eleva hasta los romanos, época en la que se alzaba, donde hoy está Buda, la floreciente Aquiescum, una de las colonias principales del Imperio romano, de la cual era la isla Margarita un punto fortificado.

Nos habíamos embarcado en Pesth, frente á la iglesia católica parroquial: desde allí el vaporcito atravesó el río y se detuvo en una estación de enfrente, en Buda, próxima á unos baños llamados del puente, al pie de jardines ocultos por la montaña en cuya cima aparece el castillo real; cruzó después nuevamente y tocó en la orilla derecha, Pesth, frente al palacio de la Academia; luego otra vez en Buda; después más allá, junto á los baños de Kaiserbad, y, por último, partió en dirección á la isla.

Desembarcamos en un puente de madera que avanza por el río, y penetramos en la isla ganando uno de sus costados; me agradó su aspecto, frondosidad, limpieza, paseos bien cuidados, praderas...; á un lado había un tranvía que conduce desde el desembarcadero al extremo de la isla, ó punto meridional, en pocos minutos; preferí seguir la dirección opuesta, en donde á poco hallé un kiosko que tenía un manantial de agua sulfurosa, de la que bebí un poco; más allá encontré *restaurants*, cafés y una pequeña rotonda para conciertos. Sentado en una mesa escuché dos piezas de una orquesta húngara, y me alejé de allí impresionado por la música, la cual en Hungría tiene una tristeza indecible; aun basándose en los mismos motivos que las de otros pueblos europeos, aparece con una vestidura y expresión de tal modo melancólicas y quejumbrosas, que parecen un lamento de amarguras y desgracias, un sentido canto de plañideras, un recuerdo de aficciones tales que, sin querer, hacen brotar en la memoria y en el sentimiento de quien la escucha como reflejos de nostalgias, de presentimientos, de